

**Actual (Mérida) (26): 213-217,**

**Abril - Junio 1993.**

## **Poemas de Luisa Futoransky**

Poemas del libro **Fauces**

### **Parténope**

En Nápoles las calles caen como racimos de uva negra o moscatel sobre el golfo, de bruces al Mediterráneo. Después de Jerusalem es el lugar más indicado para discutir en voz alta con Dios; Dios, a quien gustan los productos perfumados de la tierra y los cantos corales melopeicos y estridentes.

### **Di Provenza**

Amo las ciudades de los otros  
partidas al medio por un río  
cada orilla con sus particulares ambiciones y desaliento  
un segmento del Ródanoque aquí pronuncian ron  
como la repetida onomatopeya de animales,  
diz que domésticos, extraviados de cariño y la bebida  
isleña del Caribe  
una estampilla cliché fijada en mi remoto y sediento  
imaginario de alguna vez, de ojalá y cuándo.

Ciudad ésta, Arles, de comerciantes y burgueses  
de profesiones llamadas liberales que de apertura,  
tan sólo una estrella, irrespirable grieta en la sesera,

con algunos árabes para los trabajos que repugnan  
los nativos  
y turistas sin sol ni mistral,  
en suma, de menosprecio sin remedio al extranjero.

Conozco, por arrastrarme en trechos crepusculares  
algunas de sus varandas de pocos rostros,  
uno, por ejemplo, asociado para siempre a dos gatos  
de un viejo inmóvil con boina y cigarrillo  
los gatos parecen dorados  
como le gustaban a un amigo muerto  
cerca de mi extraño río cuya ciudad  
andá a saber por qué le vuelve el lomo  
a sus quimeras.

Amo también detenerme a divagar  
ante las heridas y transformaciones  
de los muros expectantes  
erosionados por pasiones graves  
ya que las paredes huelen siempre a notarios  
herederos y enemigos.

¿Clausurarán por eso tanto las ventanas?  
¿Querrán guardar todo el odio para sí?

El hospital Dieu donde Van Gogh y yo dormimos  
huele aún el aire de orines y de incontinencia de los  
locos y los muertos;  
nuestros vecinos se retuercen las manos de pesadillas  
y la calle principal se ha cubierto  
de saldos y servilletas agusanadas  
de todos los Mac Donald del mundo, uníos.

El puente roto conservará una imagen de último  
abandono porque ya nadie cortará jamás oreja y rabo  
en nuestro nombre, tal vez, con cuidado  
en el espejo de las furias  
un pelo, inoportuno recordatorio de naufragios y  
ternura que tenaz persiste, aunque grisáceo  
bajo las palmeras salvajes de aquella, única nariz.

El Ródano se deshace entre mis manos  
y los olivares recortados  
de esta contrada mediterránea  
evocan lo mustio y perecedero  
de todo afán.

Las semillas de girasoles  
que adoran las cacatúas blancas  
de las fábulas sangrientas  
los girasoles,  
bah

### **Israel revisited**

Aquí los huesos de los gépidos  
las polillas engordadas con maderamen  
y sebo rancio de templarios  
los gatos, salvajes, angurrientos  
todos  
los hunos  
y los otros  
ven las estrellas

## **Ervinio de Venecia**

La rosa profunda y oculta de San Marco  
borroneada hasta el infinito desprestigio  
se desdobra en interminables llaveros de latón, tarjetas  
deseñidas  
pasos que se arrastran, sobacos que huelen podredumbre  
y se maquillan de Chanel número 5

La boda fugaz era en Torcello  
cada dama recibió su ramo níveo y tan fresco  
que dado el centro riguroso del invierno, jasmínes y  
gardenias  
parecían más bien obras debidas a prodigio  
que a fatiga vulgar de los mortales

Los novios fueron celebrados con salvas de arroz y  
campanadas  
las lámparas se adormitaron y la cera fundida de las velas  
guardó lo logañoso de sus cabos para recomponer anhelos  
de puro inconfesables musitados en sordina

Las ligas de la esposa se salpicaron de coágulos  
verdastros  
Y un pescador controlaba el orden longilíneo de sus  
redes

Multicolores, las paredes de Burano  
acogían los ojos fatigados de las últimas encajeras  
el rumor de los motores se confundía  
con el delirio manifiesto de estas manos

que acarician órbitas, cejas peladas  
de un nombre desaparecido en los vapores linfáticos  
del cementerio Arcangelo Michele

Después de tanta urdimbre y congoja a la deriva  
¡cómo no entrar subrepticia entonces en un sitio de  
plegarias  
llamado San Felice!  
Sorteaban una lotería en el oficio  
y el cura repetía micrófono en mano  
que el niño Ervinio había ganado un helado  
el muchachito de domingo no conseguía arrancarse  
su máscara antigua de arrebol, detalle cuanto más  
elocuente  
dada la proverbial palidez de los nativos

Nunca sabré ya cuáles fueron los sabores preferidos por el niño  
ni apreciaré con la fruición de un entomólogo  
las venillas azulencas del reverso goloso de su lengua  
antes de que, como a la mayoría de los ejemplares  
de esta especie, se le vuelva escamosa  
inerte y bífida  
hasta la resurrección de la carne  
y olvido para siempre del escarnio.

Funesto el roce impío del adiós, Ervinio.